

M^a Coral Tello Guerrero

Título: Pase lo que pase

Autor: María Coral Tello Guerrero

Editor: Bubok Publishing S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-9916-508-0

Pase lo que pase

Capítulo 1:

La señora Pons cerró la puerta principal y guardó las llaves en el bolsillo de su vestido negro como cada noche. Con las luces semiapagadas y el silencio de la casa parecía como si un espectro maligno se estuviera paseando por ella. Y eso podría pensar cualquiera hasta que uno de sus suspiros continuos rompía todo el misterio.

No había misterio alguno en aquella cara nada agraciada, aquellas formas poco definidas y aquella sonrisa un punto maléfica que lucía siempre en el rostro, fuera invierno o verano, hiciera frío o calor.

La señora Pons era, desde hacía tiempo, el ama de llaves de los Riera de Bertrán, una rica familia de la burguesía catalana de principios de siglo XX.

Corría el año 1912, en plena ciudad de Barcelona. Abierta, bulliciosa, cosmopolita.

Después de intensas movilizaciones ciudadanas, el gobierno autorizó en 1854 al ayuntamiento de Barcelona para derrocar las murallas que limitaban la ciudad y permitir así su expansión. De esa manera se pudieron urbanizar terrenos que permanecían sin edificar y que o no se usaban para el cultivo o se sembraban de manera esporádica.

Cuatro años más tarde, en 1858, se convocó un concurso para la remodelación de la ciudad. El primer premio lo ganó el arquitecto Antoni Rovira i Trias pero su proyecto nunca vio la luz. Por disposición gubernamental se acabó imponiendo el del ingeniero Ildefons Cerdà, que ni siquiera había participado en el concurso. El hecho de que el proyecto de reforma y ensanche se aprobara por real orden motivó polémica y una fuerte oposición.

El plan urbanístico de Cerdà consistía en una cuadrícula de calles anchas, a diferencia de las de la vieja Barcelona intramuros, con amplias aceras arboladas. En las esquinas, los chaflanes daban forma octogonal a las manzanas, creando una especie de plaza en el cruce de las calles. La idea de Cerdà era dejar espacio para facilitar el giro de las “máquinas de vapor móviles” que creía que pronto podrían circular por las calles. En el proyecto original se preveía construir sólo dos de los cuatro lados de cada manzana pero el gobierno municipal decidió que se cerraran los cuatro. La idea inicial para el interior era establecer un jardín pero tampoco se cumplió a la práctica. Rápidamente se llenó de almacenes que, al parecer, eran mucho más útiles para los vecinos. Aunque el plan de Cerdà pretendía ser la respuesta a la falta de higiene de las viviendas apiñadas y estrechas de la antigua Barcelona intramuros, la realidad se le puso algo en contra. Él había ideado su plan bajo la idea de una densidad de 250 habitantes por hectárea pero el crecimiento de Barcelona fue espectacular, mucho mayor de lo que él había supuesto. En 1890 la densidad era ya de 1400 habitantes por hectárea. Fue por ese motivo por lo que se cerraron los cuadrados y se aumentó la altura y la profundidad de los edificios.

La iluminación pública había progresado también durante el siglo XIX. Desde 1752 se utilizaban farolas de aceite pero el día 1 de octubre de 1842 se inauguró la iluminación de gas, lo que convirtió a Barcelona en la primera ciudad del estado español que utilizaba ese sistema tan avanzado para la época. Pero las innovaciones no se quedaron ahí. El 14 de diciembre de 1884 se inauguró en la Rambla la iluminación eléctrica aunque la implantación a

otras calles iba muy poco a poco y aún se tuvo que esperar un tiempo para que toda la ciudad gozara de luz eléctrica.

Barcelona era también una ciudad muy bien comunicada, no sólo entre los distintos puntos gracias al tranvía sino con otras ciudades. Miquel Biada i Buñol, comerciante catalán instalado en La Habana, había participado en la construcción de un ferrocarril en la isla, que se convertiría en el primero del territorio español (ya que en aquella época Cuba todavía era colonia española). Entusiasmado como estaba con el proyecto decidió construir una línea que uniera Barcelona con Mataró, su ciudad natal. Regresó a España en 1840, convenció a algunas personas para que aportaran capital y entre todos fundaron la empresa Camino de hierro, que habría de cubrir los 30 kilómetros que separaban ambas ciudades. El primer tren de vapor circuló el día 28 de octubre de 1848, poco después de la muerte de Biada.

Poco a poco el proyecto fue ampliándose y también se fueron creando otras compañías ferroviarias, tanto en Cataluña como en el resto del estado, que acabarían uniéndose para formar una red nacional.

Treinta años más tarde de la circulación de ese primer tren se ponían a la venta billetes para viajar a París, Lyon, Marsella y Burdeos.

Después de la guerra carlista y con la restauración borbónica, Barcelona entró en un período de prosperidad económica que la convirtió en el motor financiero de Cataluña y España. La burguesía de Barcelona apoyó el regreso del rey, que fue aclamado a su vuelta, porque le daba garantías de seguridad después de un período convulso y que eran vitales para afianzar sus proyectos industriales y de desarrollo económico. Se crearon importantes sociedades como el Banco Hispano Colonial y se impuso un fuerte desarrollo de industrias textiles, metalúrgicas o químicas. El comercio estaba también en auge en esa época, ya fuera con productos propios o procedentes de América. Esa bonanza parece tener su fin en 1885 aunque Barcelona era ya lo bastante potente como para intentar proyectarse al mundo con la organización de una Exposición Universal. La idea, que había nacido en Francia en 1798, aunque con anterioridad se habían celebrado otras en Inglaterra a mediados del siglo XVIII, se había materializado con mucho éxito en París, Londres, Viena, Amberes y Filadelfia. Su objetivo era dar a conocer los avances de los descubrimientos científicos y sus aplicaciones tecnológicas.

La Exposición se inauguró oficialmente el 20 de mayo de 1888 a las 4 de la tarde en presencia del rey Alfonso XIII, que entonces tenía dos años, su madre, la reina regente María Cristina, otros miembros de la familia real, Práxedes Mateo Sagasta, presidente del Consejo de Ministros y otras autoridades. Estuvo abierta desde el 8 de abril al 9 de diciembre de 1888 y recibió 400.000 visitantes, convirtiéndose en uno de los grandes acontecimientos de la ciudad, dándole la proyección internacional que tanto buscaba y transformando su estructura urbana. Una estatua del general Prim, impulsor definitivo del derribo de la Ciudadela militar, presidía el paseo principal de la Exposición, que se extendía desde el Parque de la Ciutadella hasta el Arco del Triunfo. Cuando el rey Borbón Felipe V consiguió vencer en 1714 a la opositora Barcelona, a la que había sometido a un largo asedio, ordenó la construcción de la ciudadela más grande de Europa con el objetivo de vigilarla y evitar que pudiera haber nuevos levantamientos. Para ello hizo derribar el barrio de la Ribera y que la ciudad corriera con los gastos de una construcción que sólo pretendía controlarla. En 1841 la Junta de Vigilancia inició su derribo pero la Regencia la

Pase lo que pase

restauró en 1843. Más tarde el general catalán Joan Prim decretó la donación de la ciudadela a la ciudad, que la derribó entre 1869 y 1888, conservando sólo el palacio del Gobernador, la capilla y el arsenal.

Los arquitectos más prestigiosos del momento trabajaron en la construcción de los diferentes edificios de la Exposición, algunos de los cuales permanecieron una vez terminada y otros fueron derrocados, como el impresionante Gran Hotel Internacional de Puig i Cadafalch. Se urbanizó todo el frente marítimo de la ciudad, con la creación de un nuevo muelle, y se levantó un imponente monumento a Colón en la confluencia del paseo de Colón y las Ramblas. La construcción de esta mole de 60 metros fue polémica. Primero porque para financiarla se pretendía hacerlo con aportaciones populares, que acabaron resultando insuficientes, y segundo por el sentido del dedo del navegante. Aunque se ha dicho tradicionalmente que apunta a América, lo cierto es que lo hace en dirección contraria. Se han buscado varias explicaciones. Una de ellas es que, de haber señalado realmente hacia el nuevo continente, el dedo debería apuntar hacia las Ramblas y en aquel momento se creyó que el público vería más coherente que lo hiciera hacia el mar. Otra teoría dice que en realidad el dedo apunta al camino a América por mar, que es el que siguió Colón partiendo del Puerto de Palos. La tercera opción dice, simplemente, que señala hacia Génova, donde habría nacido, presuntamente, Cristóbal Colón.

La entrada al recinto de la Exposición era el Arco del triunfo de inspiración neomudéjar de Josep Vilaseca. Entre los proyectos presentados y que fueron rechazados se encontraba la idea del ingeniero Gustave Eiffel de una torre de hierro que, según los promotores de la Exposición de Barcelona, no casaba con la idea clásica que estaban buscando.

Diez años más tarde España habría de vivir un golpe muy duro que se ha dado en llamar el Desastre del 98. A finales del siglo XIX Cuba representaba para España una inagotable fuente de riqueza. Sin embargo, ya en 1868 habían surgido conflictos derivados por el crecimiento de un sentimiento de independencia de los cubanos y el nacimiento de una burguesía local a la que se le prohibía comerciar con Estados Unidos y otras potencias. El descontento había dado lugar a la Guerra de los Diez años, que se extendió hasta 1878 y que acabó con un pacto que no sería más que una tregua temporal. Dos años más tarde se aboliría la esclavitud pero no fue suficiente. En 1880 los rebeldes vuelven a sublevarse en la Guerra Chiquita.

Con la intención de provocar a España, el 25 de enero de 1898 el acorazado estadounidense Maine entró en el puerto de La Habana, sin haber pedido autorización previa. Ese acto era contrario a las prácticas diplomáticas. No obstante, los españoles no hicieron nada en contra de la tripulación del acorazado. Sin embargo, la noche del 15 de febrero de 1898 se vio una enorme explosión en el puerto de La Habana. El Maine había saltado por los aires.

El magnate de la comunicación William Randolph Hearst publicaba al día siguiente este titular: «El barco de guerra Maine partido por la mitad por un artefacto infernal secreto del enemigo». A partir de ese momento empezaron las acusaciones de unos contra otros. España negó haber tenido nada que ver pero la prensa sensacionalista, azuzada por Hearst, acabó por convencer a los estadounidenses de la culpabilidad de los españoles.

La guerra fue un desastre para España, cuyos barcos no podían hacer frente a la moderna flota estadounidense.

Finalmente, mediante los acuerdos de París de 1898, se declaró la independencia de Cuba, que acabaría concretándose en 1902, y España cedió además Filipinas, Puerto Rico y Guam. En cuanto a las otras colonias en Asia, las Islas Marianas, Carolinas y Palaos, fueron vendidas a Alemania en 1899 por 25 millones de pesetas.

En Cataluña, después del desastre, surgieron con más fuerza voces de reafirmación de su propia identidad, convencidos de la debilidad del estado español, aunque ya hacía algunos años que se pedía el reconocimiento de una lengua propia con movimientos como la *Renaixença* y la recuperación de los Juegos Florales. “Els Jocs Florals” habían sido un certamen literario instituido en Tolosa de Llenguadoc en el año 1323, que se celebraron hasta 1484 y donde acudían también trovadores y poetas catalanes. Después de diversos intentos, en 1393 se instauraron en Barcelona hasta finales de siglo XV. En 1859 se recuperan gracias a las iniciativas de Antoni de Bofarull y Víctor Balaguer con el lema *Patria, Fides, Amor*. El lema aludía a los tres premios principales: la “*Flor natural*”, que se otorgaba a la mejor poesía amorosa, la “*Englantina d’or*” a la mejor poesía patriótica y la “*Viola d’or i argent*” al mejor poema religioso. Si un autor ganaba los tres se convertía en “*Mestre en Gai saber*”. Muchos intelectuales y políticos catalanes influyentes apoyaron a los Juegos Florales porque entendían que daban prestigio a la literatura catalana culta.

En el terreno político, a finales de 1887 se había creado en Barcelona una agrupación política catalanista llamada Lliga de Catalunya. Estaba formada por un grupo de personalidades de ideología conservadora, como Àngel Guimerà, Lluís Domènech i Montaner o Eusebi Güell, y por los miembros del Centre escolar catalanista, también conservadores, entre los que destacaban Francesc Cambó, Enric Prat de la Riba o Josep Puig i Cadafalch. Su objetivo era la defensa de los intereses morales, políticos y económicos de Cataluña y sólo veían una vía para conseguirlo, la modificación de la legislación. Le presentaron a la regente María Cristina una petición de amplia autonomía de Cataluña en la que se reivindicaba la oficialidad del catalán, el proteccionismo económico y la conservación y reforma del derecho catalán, todo ello paralizado desde los Decretos de Nueva Planta de Felipe V. Iniciaron, además, una fuerte campaña contra el nuevo código civil español.

En 1892 se firmó el documento de las Bases para la Constitución regional catalana, también llamadas Bases de Manresa. Eran el proyecto de ponencia de la Unió Catalanista presentado ante el consejo de representantes de las asociaciones catalanistas reunidas en asamblea en la ciudad de Manresa los días 25 y 27 de marzo de 1892. El presidente de la asamblea fue Lluís Domènech i Montaner, el secretario Enric Prat de la Riba y el presidente de la comisión encargada de redactar el proyecto Josep Torras i Bages, obispo de Vic. Las ideas generales eran las siguientes: el poder central se organizaba según la separación de poderes y el legislativo estaría compartido entre el rey y una asamblea regional. Además el ejecutivo lo formarían cinco ministerios o secretarías y el poder judicial sería un tribunal supremo regional.

La Unió Regionalista se unió con el Centre nacional català el 25 de abril de 1901 y surgió un nuevo partido conservador catalán, la Lliga Regionalista. En sus estatutos se fijaba el objetivo de luchar por la autonomía catalana dentro del estado español. Ante el éxito obtenido en 1901 se les unió la Lliga de Catalunya. Sin embargo, esa victoria no se volvería a repetir en 1903 y con el

Pase lo que pase

tiempo tendría que hacer frente al Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, que defendía el anticlericalismo, el españolismo y la violencia. En 1904 la Lliga sufrió otro duro golpe al escindirse el ala liberal. Sin embargo, en las elecciones para la renovación del Ayuntamiento de Barcelona en noviembre de 1905 la Lliga tuvo una gran victoria. Para mostrar la fortaleza de los partidos catalanes, se unen casi todos en la coalición Solidaritat Catalana, que obtiene otra gran victoria en las elecciones de 1907. Sin embargo no tardarían en surgir las diferencias entre partidos, sobre todo entre la Lliga y otros grupos de izquierdas, y la escisión se consumó en las elecciones de mayo de 1909. En 1910 la Lliga intenta un acuerdo con Unió Federal Nacionalista Republicana pero es imposible. No obstante la Lliga en solitario renace en las elecciones de 1911.

En esa Barcelona nos situaremos. En la Gran Vía vivía la familia de la que habla esta historia, los Riera de Bertrán.

El padre de la familia, el señor Enric Riera, afirmaba a menudo que su familia paterna era catalana de toda la vida pero hay quien asegura que un antepasado suyo no se apellidaba Bertrán sino Beltrán y había nacido en Zaragoza. Los expertos en heráldica y origen de los apellidos afirman que una de las casas más antiguas conocidas de los Beltrán estaba cerca de la ciudad de Huesca y que en tiempos de Jaime I el Conquistador algunos de sus miembros le habían acompañado a la conquista de Valencia. Otra referencia muy antigua de ese apellido se retrotrae a 1128, año en que el Conde de Barcelona y el de Ampurias firmaron un tratado de paz, estando presente en este acto un caballero de Aragón llamado Bernado Beltrán. Sin embargo, a pesar de esos orígenes nobles, el apellido fue perdiendo relevancia siendo muy sencillo encontrar durante el siglo XVIII campesinos y obreros que lo llevaban con más o menos orgullo. Posiblemente los antepasados del señor Enric se encontraran en ese sector de la población. No se trata de un invento sino de los rumores bastante fundamentados que decían que los Beltrán no siempre habían sido tan ricos como lo era ahora el señor Enric.

- ¡Qué va!- decía aquél-. Ni solera ni nada. Era más pobre que las ratas, el Mariano. Fíjense ustedes si era pobre que no tenía ni donde caerse muerto. Si le vi yo comiéndose hasta un gato callejero como si fuera un conejo. Y anda si no se chupaba los dedos...

- Pero ¿qué dice usted, hombre de Dios?- le decía otro-. ¿No ha visto nunca al señor Riera de Bertrán?. Si no hay más que verle para saber que es todo un caballero.

Entonces el hombre reía y decía:

-¿Caballero?. Anda ya. Yo recuerdo cuando su padre era chico. Estornudaba, le caían todos los mocos en la ropa y luego se los comía. Y eso si los veía... A veces los llevaba colgando como una medalla de un general. Y vaya medallas... Al parecer un golpe de suerte acompañó al abuelo del señor Riera siendo el padre del protagonista de esta historia un muchacho. Nadie sabe a ciencia cierta si esas afirmaciones eran o no verídicas y, de serlo, de dónde habría salido el dinero que hizo que de la noche a la mañana la familia abandonara el pueblo y se trasladara a Barcelona, donde iniciarían una nueva vida, apartados de las penurias del pasado.

Sea como sea, seguramente levantaba el hombre falso testimonio sobre el señor Enric pues no cabía duda, como mínimo, que rico era. Y de rico a caballero sólo hay un paso y si es que lo hay.

Su imagen era la viva estampa del señor. Alto, esbelto, con unos cabellos que a veces dejaba crecer un poco, decían las damas que era bien parecido. Su planta y el capital que suponían que guardaba en el banco atraían a solteras, viudas e incluso a casadas que deseaban vivir una aventura fuera del matrimonio.

De todos modos no era lo que podríamos denominar un conquistador nato. Parco en palabras, no siempre perfecto en su pose y mucho menos en su cuidado. Su ropa era elegante y estaba limpia y bien planchada pero sus manos no siempre estaban lo bien que deberían estar.

- Se come las uñas- decían las malas lenguas.

- Pues se las debe de comer mucho- añadían los que las lenguas las tenían mucho peor- porque no tiene...

Nadie sabía a ciencia cierta a qué se dedicaba y de dónde sacaba su enorme patrimonio. Dinero que le permitía llevar una vida muy acomodada, acudir a algunas fiestas y actos sociales y tener un magnífico ático en una de las mejores zonas de Barcelona. Un piso que hacía que muchos murieran de envidia.

El señor Enric tenía dinero suficiente como para no privarse de nada pero no se le conocían caprichos. No solía salir a cenar, iba a pocos espectáculos, como mucho a la ópera. Era asiduo del Liceo y en noches de estreno solía ser habitual verle acudir, casi siempre solo.

- En algo debe trabajar- decían unos-. El dinero no puede salir de la nada.

- ¿Ése?- respondían otros-. Si no hay más que verle. Los caballeros no trabajan.

- ¿No?. ¿Y qué hacen?. ¿Estar todo el día sentados en la butaca sin hacer nada y mirando a las musarañas?.

Quizás sí que la ocupación del señor Enric fuera ésa porque muy bien no se sabía lo que hacía. Algunos, los más entendidos, opinaban que seguramente el caballero tenía acciones en algunas empresas que le daban muy buenos beneficios. Eso, unido a ese dinero heredado de su abuelo, el del golpe de suerte, le permitía vivir más que holgadamente. Salía temprano de casa para ir Dios sabe dónde y volvía pronto, sobre las dos de la tarde. Los lunes, miércoles y viernes se retrasaba un poco más ya que solía pasar por el Club. Y esa costumbre la conocían bien las criadas ya que esos días preparaban menos comida porque sabían que el señor no pasaría por casa hasta bien entrada la tarde.

El Club era el lugar donde se reunían los caballeros que deseaban pintar algo en la Barcelona de la época, señores con mucho dinero y muchas ideas en la cabeza. Ideas que, puestas en una balanza, se decantaban siempre hacia el lado de las descabelladas o absurdas. Y el señor Enric era uno de esos señores. Pero él, a diferencia de otros, no aportaba ideas sino que asumía siempre las ajenas. Todo lo que decían los otros, principalmente si eran más ricos e influyentes que él, le parecía bien. Básicamente a eso dedicaba allí su tiempo el señor Enric, a hablar de asuntos de actualidad con otros caballeros, dispuestos siempre a cambiar el mundo. Solían hablar principalmente de política, en un momento en que Catalunya vivía una posibilidad de cambio después de dos siglos de represión.

Pase lo que pase

Sobre todo tenemos que destacar a uno de esos caballeros. Uno, que por su influencia (dicen que estaba metido en política, muy cerca de los que mandaban de verdad), le podía reportar buenos beneficios. El nuevo presidente del Club y el señor Riera eran, desde hacía unos meses, inseparables. Y es que no era tonto del todo el señor Enric. Trabajar no sabemos del cierto si trabajaba pero arrimar el ascua a la sardina como el que más. Nunca se sabía si podría conseguir algún beneficio.

El señor Riera se había casado siendo muy joven y muy inexperto con una señorita de la burguesía andorrana. Isabel era una mujer de una belleza fría, hija de una rica familia del pueblo de Sispony, en la parroquia de La Massana, que tenía por costumbre rechazar a todos cuantos pretendientes se cruzaban en su camino. A éste por bajo, a aquél por alto, al otro por pobre y al de más allá porque no le gustaban sus cabellos. Se habían conocido casi por casualidad en una fiesta. La joven le llamó poderosamente la atención desde un primer momento. Era una belleza morena, de piel extremadamente blanca y largos cabellos negros ensortijados que tendría más o menos su misma edad. Curiosamente, y para sorpresa de todos, no le fue demasiado complicado al joven Enric Riera de Bertrán cortejar a la bella Isabel. Y muchos de aquellos detalles que había criticado en otros se convirtieron en virtudes en el señor Riera. Se casaron inmediatamente.

Aunque desde que era una niña su familia había estado esperando que contrajera matrimonio con un joven, primogénito de una rica familia del vecino pueblo de Anyós, no le hicieron ascos al nuevo pretendiente. Al conocer al señor Enric, la familia se quedó prendada de él. Era un joven muy prometedor y con mucho dinero en el banco. Muchísimo más que los vecinos. Y fue por eso por lo que el joven de Anyós se quedó compuesto y sin novia y el señor Enric pudo casarse con la bella Isabel.

Ella le dio cinco hermosos hijos, dos chicos, Ciprià y Francesc Xavier, y tres chicas, Emília, Regina y Caterina. Precisamente al dar a luz a ésta última la dama había muerto en plena juventud, dejando al señor Enric solo al cuidado de cinco hijos pequeños.

Ciprià tendría entonces escasamente nueve años, Emília siete, Francesc Xavier seis, Regina un añito y la pequeña Caterineta era un bebé recién nacido que lloraba sin cesar porque tenía hambre.

No tuvo dudas entonces el señor. Aunque era incapaz de hacer nada por sí mismo y siempre necesitaba de alguien a su lado que le fuera guiando en los pasos que había de dar, en esta ocasión no le quedaba más remedio que tomar una decisión drástica. Él solo no podía criar a sus hijos. Sabiendo que muy pocos ricos lo hacían, no dudó en pagar los servicios de una joven desafortunada para que hiciera de ama de cría de la niña. Estando embarazada, su marido murió de un resfriado mal curado y hacía muy poco era su hijito el que había dejado este mundo. Necesitada como estaba, acudió rápidamente al piso de la Gran Vía. El señor Enric tuvo una entrevista con ella. Normalmente esas cosas las hacían las mujeres de la casa pero teniendo en cuenta las circunstancias y siendo como era el señor Enric muy desconfiado a la hora de meter a algún desconocido en el piso, lo mejor era que se encargara él.

La primera impresión no fue del todo mala. La chica, si bien no era gran cosa, parecía sana y limpia. Era menuda, no sobrepasaría el metro y medio de altura,

tenía los ojos negros y los cabellos castaño oscuro. Al entrar en el piso de la Gran Vía lo hizo con miedo, como si fuera una niñita asustada que no supiera qué se iba a encontrar. La señora Rosa, la cocinera de la casa, que había sido quien le había recomendado, le dedicó una sonrisa y unas palabras de ánimo pero la chica no las tenía todas consigo.

Había servido con anterioridad en algunas casas, desde que era muy joven, y nunca había mostrado el miedo que tenía ahora. Pero las circunstancias habían cambiado y tenía cierta inseguridad. El señor Enric le hizo muchas preguntas, algunas de ellas demasiado íntimas, para acabar con la que más daño podría hacerle a la muchacha. De qué había muerto su hijo. Si tenía que cuidar a los pequeños Riera de Bertrán tenía que asegurarse que no hubiera sido ella la que le hubiera matado, ni a propósito (que de locas que mataban a sus propios hijos estaba el mundo lleno) ni por un descuido.

- No sé de qué- dijo ella haciendo de tripas corazón e intentando actuar del modo lo más natural posible ante aquel caballero tan alto-. Estaba vivo y de pronto se quedó inmóvil. Intenté despertarle pero no hacía nada. Ni se movía ni hacía ruido alguno. Grité, lloré, le llamé. Una vecina, al escucharme, vino corriendo y tocó al niño.

La pobre mujer estaba desesperada. Aunque no quería llorar delante del señor el recuerdo de lo sucedido aún estaba demasiado vivo en su memoria y le hacía daño. Es más. Estaba convencida de que nunca dejaría de dolerle.

- Intentó moverle un poco- seguía diciendo- y al tocar sus bracitos y sus piernecitas me dijo: "Está frío como el hielo". Yo estaba tan nerviosa que no me había dado ni cuenta. Pero era verdad. Cuando la mujer lo dijo, toqué una de las piernas de mi hijito y el contacto helado de su piel me hizo apartar la mano de inmediato. Sigo teniendo grabada esa sensación, aquí, muy dentro. Muy dentro. Mi niño, mi niño...

- Alguna enfermedad, supongo- dijo el señor.

- Eso dijo el médico- respondió ella-. Aunque no supo determinar cuál. Me dijo que había visto algún otro caso como éste. Mujeres que tienen hijos muy pequeños, casi recién nacidos, y se les mueren al dormir. Por muy bien que les cuiden.

Gruesas lágrimas caían ya por las mejillas de la joven.

- Yo no le hice nada a mi niño. Si le quería más que nadie en este mundo. Era carne de mi carne. Le juro que no hice nada...

Esas lágrimas derramadas servían de poco ante el señor Enric pero no le quedaba más remedio que confiar en la buena voluntad de la muchacha. Para él lo más importante era que la joven tenía los pechos con abundancia de leche, serviría para amamantar a la pequeña Caterina y, de paso, cuidaría a los otros niños. Comida, techo y un sueldo que el señor Bertrán consideraba más que suficiente para el trabajo a realizar. Si había notado el miedo y la vergüenza de la chica no lo sabemos. Quizás no puesto que él estaba también bastante nervioso al haber de tratar de un asunto así como una completa desconocida.

- Sólo espero que la niña no adopte las costumbres de la mujer que le da de mamar- pensó el señor cuando salió de su despacho-. A ver si va a ser cierto que esas cosas se pegan y la niña me sale más parecida a esa gente...

Olvidaba el señor Enric que todos sus hijos habían mamado de nodrizas y no de su madre, demasiado preocupada en conservar su línea y su nivel de vida como para darles el pecho a sus hijos.

Pase lo que pase

María se instaló en la casa de la Gran Vía y crió a los hijos de la familia con tanto amor como si hubieran sido propios, tanto que el día que murió le lloraron más que a su propia madre. Pero sin duda fue Caterina, que no había conocido más madre que ella, la que más lo sintió.

La vergüenza inicial de la joven María fue a menos con el paso de los años y pronto se sintió cómoda en esa casa en la que los niños la habían acogido tan bien. En lo que respecta al señor Enric, tuvo muy pocas ocasiones para poder arrepentirse de la decisión que había tomado al contratarla. La mujer parecía saber lo que hacía y los hijos de la familia llegaron a la edad adulta con bastantes posibilidades de llegar a algo en la vida.

Como decimos María murió joven, apenas unos años después de su entrevista con el señor Enric. Aunque ella no lo sabía y achacaba su cansancio al subir las escaleras o hacer algún esfuerzo a que no había dormido bien, la verdad es que su corazón había empezado a fallar hacía años, muy poco después de haber tenido aquella entrevista con el señor Riera de Bertrán. Y al final le acabó pasando factura.

Ocurrió de repente, una mañana de verano después de desayunar. Había tomado un vaso de leche (-no me apetece nada más- había dicho) y se sentó porque se sentía cansada. No volvió a levantarse de esa silla. Cerró los ojos un momento y ya no los volvería a abrir más.

Fue una gran pérdida en la casa aunque el señor Enric, al saberlo, se limitó a encogerse de hombros y a decir:

- Como los chicos ya son mayores, no hará falta contratar a nadie más.

La señora Pons se aseguró que todas las puertas y las ventanas estuvieran bien cerradas. El señor y sus hijos habían acudido a una fiesta, llegarían tarde y la casa estaba sola. Estaban las chicas del servicio pero el ama de llaves no tenía muy buen concepto sobre ellas.

- Son unas holgazanas que se pasan el día riendo por tonterías y coqueteando con el primero que pasa- solía decir-. Trabajar, es lo que deben hacer que para eso se les paga.

Lo que no tenía en cuenta la señora es que a ella también le pagaban por eso y de trabajar poco. No había más que oír lo que se decía sobre ella en el ala del servicio del piso de la Gran Vía. Su actitud ya era suficiente como para que las demás criadas la odiaran. Nunca había hecho nada para integrarse, les miraba por encima del hombro y no perdía ocasión para regañarlas. Suponían, incluso, que era el medio que usaba el señor Riera para saber todo lo que ocurría en la casa sin que nadie se enterara. Era por eso que callaban en su presencia e intentaban evitarla lo máximo posible.

Cuando el ama de llaves comprobó que todo estaba bien cerrado, se sentó y esperó. No podían tardar. Solía esperar despierta a que vinieran los señores. En eso consistía su gran labor diaria. Sentarse y esperar.

Uno de los vecinos del señor Enric, otro caballero sin oficio ni beneficio conocido, les había invitado a celebrar la fiesta de cumpleaños de su hija.

Este caballero se llamaba Joan Serra y se decía de él que estaba bastante mal de la cabeza. Tan loco estaba que decían que su mujer le había abandonado porque no soportaba más sus continuos desvaríos. Además era algo obseso y no cesaba en su empeño de perseguir a las criadas, tuvieran la edad que tuvieran sin darse cuenta de que, a su edad y con su aspecto, esa actitud era cuanto menos ridícula. Cualquier cosa con falda a él ya le parecía bien.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

